





El destino de la música, como exaltadora de los sentimientos, ha llegado a su más dramático crepúsculo en el mundo actual. Ese paraíso perdido, en que durante siglos la humanidad había encontrado su consuelo, en que sus más delicados estados de alma, sus angustias, sus alegrías eran, a través de la música, expresados en una forma inteligible, es hoy día repudiado por los inteligentes, que abominan de todo estado emocional, por romántico y anacrónico. Todo aquello que tenga el menor punto de contacto con el pasado, está mal. Todo, y en todo momento, tiene que ser inguditamente nuevo, con un despliegue de técnica para equilibrar ese mundo en que cada cual es un Colón que fabrica su propio continente, que en la mayoría de los casos resulta completamente deshabitado e inhabitable. El elemento afectivo que establece los nexos emocionales ha desaparecido, o está tan escondido y expresamente oculto, como una vergüenza, que no debe delatar en el autor los restos del más leve contacto con los sentimientos humanos. Estamos en un período de descubrimiento que como deseo de renovación, es indudablemente beneficioso para el progreso de las artes; es la eterna búsqueda de nuevas imágenes, de un vocabulario diferente que el genio creador aprovechará algún día.

Pero mientras no aparece este genio, el solo dominio de los elementos parece no bastar a los que oyen el desfile de novedades y con temor piensan que la maravillosa inteligencia de los compositores actuales pueda llevar a la música a una posible catástrofe, como lo han hecho los científicos con la desintegración del átomo.

Cada período artístico ha sido intérprete de la resultante psicológica de su época; ahora lo es fielmente de la desorientación reinante, ya que no se sabe qué hacer con los nuevos hallazgos, pues el progreso integral del espíritu, de la conciencia, de los atributos más nobles de la humanidad no han alcanzado igual desarrollo, y por su ausencia peligran el destino humano ante el terrible, inteligente y dominante robot que han creado los hijos de la Luz.

La humanidad en su admirable sentido de adaptación, como factor biológico de supervivencia, ha ido modificando siempre lo monstruoso hasta hacerlo susceptible de aprovecharse, transformándolo paulatinamente para convertirlo en algo inocuo e inoperante. ¿Logrará ahora lo mismo en el arte, en lo social y en la ciencia? Asistimos a uno de los momentos críticos de la humanidad del más gran interés y del más terrible peligro.

Pero los mundos siguen rodando en la misma forma: el sol aparece siempre por el oriente y se pone en el occidente. ¿Cuántas veces habrá pasado la Humanidad por crisis semejantes! La Historia es tan desaparecida por la frágil memoria de los hombres; tal vez no valga la pena atormentarse y es mejor pensar que los problemas son más fáciles de resolver con una sonrisa benevolente y comprensiva. Así con la música actual, que camina insensiblemente hacia el ruido organizado, tecnificado, como ahora la llaman en Francia: música concreta, música electrónica, podría solucionarse el conflicto sólo cambiándole de nombre y llamarlo Ruidica. Podría haber entonces conciertos de música y audiciones de Ruidica. ¿Podrían asimismo crearse cátedras de Ruidica, con lo que estarían contentos los nuevos autores y tal vez disminuiría su agresividad hacia la música al tratarse de artes diferentes que no se combaten? Eso sí que en alguna parte debería conservarse el culto por la Música, en un Conservatorio, por ejemplo, para bien de los que aún mantienen ese viejo amor.

¿No se podría hacer lo mismo con el Oriente y Occidente, para evitar que la bomba atómica aparezca algún día en un programa de Concierto?

La crisis de la producción musical contemporánea no es referente a su cantidad, que tal vez es excesiva, sino más bien a su calidad intrínseca.

El destino de la música ... [artículo]

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El destino de la música ... [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile